



MISIÓN DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN UNA FRONTERA DE ÉPOCAS

Ángel Ruiz*

Se estudian las principales tendencias que conforman el contexto histórico que vivimos: Post Guerra Fría, mundialización acelerada, ruptura con la Modernidad, transición y fronteras de épocas. Y, sobre todo: potenciación del conocimiento como vector edificante de los nuevos tiempos. En ese escenario se pasa revisión a las principales características de la educación superior: expansión, diversificación, nueva relación con el entorno social, transdisciplina, educación permanente, internacionalización y globalización radicales, y además la calidad y la pertinencia social como fundamento, dentro de un replanteo de muchas de las principales variables de definición de sus quehaceres.

Analysis of the main trends found in the historical scenario we live in: the Post Cold War period, globalization, disruption of Modernity, transition and limits of historical ages, and above all, modern knowledge as the builder of a new era. The main characteristics that define higher education are reviewed within this context; these traits are: expansion, diversification, its new relationship with the social context, transdiscipline, permanent education, radical internationalization and globalization, as well as quality and social adequacy as a basis in university activities. This is part of the redefinition of the main variables that characterize university activities.

* *Director, Centro de Investigaciones Matemáticas y Meta-Matemáticas, Universidad de Costa Rica y académico del Proyecto Apoyo a la Investigación, AIEM-UNA, Escuela de Matemática, Universidad Nacional, Heredia, Costa Rica.*

Introducción

Puede decirse que vivimos en una frontera de épocas. Varias de las características de la Modernidad se han ido debilitando y a su vez nuevos vectores sociales empiezan a definir un futuro más probable para nuestra especie.

En la geopolítica y la economía de nuestro tiempo, el Estado nacional se encuentra en una coyuntura de transformación en la que tendrá que redefinir su papel desempeñado durante tanto tiempo. Octavio Paz (1995) afirma que: “El Estado-nación, gran creación de la modernidad, revela hoy sus límites y sus insuficiencias. Para perdurar, tendrá que modificarse sustancialmente.”

La globalización es una etapa específica que afirma un salto cualitativo en la forma de organización de todo lo que nos circunda, un marco para todos los quehaceres.

Es necesario en este escenario, subrayar el papel del desarrollo vertiginoso del conocimiento, estamos ante una auténtica revolución en las ciencias y las tecnologías que provoca un gran impacto tanto en la profundidad como en la intensidad de todos los procesos económicos, educativos, políticos, culturales y en la vida individual e íntima de las personas. La presencia de *megatecnologías* tan poderosas como las que encontramos asociadas a la información, las telecomunicaciones, las biotecnologías, las nanotecnologías, no puede apreciarse como una realidad sin implicaciones en la vida social e individual.

Todo esto se combina en un mundo multifacético. En el año 2001 afirmábamos lo que nos parece resume este contexto:

... todo parece señalar que estamos en presencia de algo más que un cambio del periodo de la Guerra Fría, o de siglo; se trata de un cambio de época, que se edifica desde hace algún tiempo. Aunque no es posible saber con exactitud cuál es el destino de lo que a primera vista aparece como una época convulsa, desordenada y llena de incertidumbre, lo real es que estamos en medio de la transición: de lo que ya no es, pero de lo que tampoco llega a ser. Tener conciencia de este hecho es importante. Todas las fronteras entre épocas han sido tiempos de incertidumbre, contradicción, entusiasmo y temor, contraposición de anhelos, expectativas e ideas: en particular, nutridos por las paradojas de quienes miran hacia atrás y aquellos que lo hacen hacia delante. Nunca se debe perder de vista esto. La “transitoriedad” de nuestro tiempo condiciona los desarrollos internacionales, nacionales, colectivos e individuales. Y lo que se deriva de ello: la transitoriedad general del momento que atraviesa la humanidad es el



Debemos señalar, la presencia de una sociedad basada en la información y el conocimiento, y, entonces, ineludiblemente, se deben sacar las conclusiones: serán los ritmos en la construcción, utilización, transmisión y distribución del conocimiento los que van a condicionar las otras dimensiones de la vida social y, particularmente, el destino de los pueblos.

escenario general en que se mueven todos los procesos particulares y locales, todas las otras transiciones. Esta es una magnífica oportunidad para insistir en lo que los tiempos de transición han traído: el cambio como una característica que define lo que hoy vivimos; cambio tecnológico, económico, cognoscitivo y de valores, de cultura, de perspectivas históricas. Es decir: el futuro es cambio. Nunca en la historia de la humanidad habrá habido mayor justificación para la reflexión, pensamiento, crítica

y formación de las generaciones en esta dirección. El impacto sobre la cultura y, especialmente, la educación es extraordinario; se obliga a una reconceptualización de los objetivos y métodos en la preparación de las destrezas y valores para un cambio permanente. La reflexión no es solo una característica más de nuestro tiempo, sino un reclamo fundamental para poder conducir con éxito el progreso de nuestra especie. (Ruiz, 2001).

En este escenario el papel de la educación es importante el instrumento relevante para preparar a las personas para este cambio vertiginoso y edificar el nuevo orden histórico en todas sus dimensiones, así como el medio para sostener la construcción, uso y comprensión individual y colectiva del tipo de conocimiento que sustenta este nuevo escenario.

La educación en la nueva época

En pocas décadas, se ha dado una importante transformación de buena parte de las principales características del que fuera el mundo de nuestros padres y abuelos. Para algunos, estamos en un *Tercer entorno* de organización de la vida que ha dejado atrás los que fueran un *Primer entorno* agrario y un *Segundo entorno* urbano. Para Alvin y Heidi Toffler, por ejemplo, se pasa de un mundo



polarizado en sociedades industriales y agrícolas a otro con tres polos: “países del azadón, países de la línea de ensamblaje y países de laboratorio computacional y de biotecnología; cada grupo con intereses vitales radicalmente diferentes.” (*La Nación*, 1999). Sin duda, hay que reconocer que la distancia física y geográfica ya no son un obstáculo para la construcción de relaciones económicas, políticas, culturales, educativas, personales: la muerte de la distancia.

Debemos señalar, la presencia de una sociedad basada en la información y el conocimiento, y, entonces, ineludiblemente, se deben sacar las conclusiones: serán los ritmos en la construcción, utilización, transmisión y distribución del conocimiento los que van a condicionar las otras dimensiones de la vida social y, particularmente, el destino de los pueblos.

Esta transformación drástica, sin embargo, también, supone una dosis de incertidumbre. Por un lado, ya no es posible aferrarse a las grandes teorías metahistóricas, como el Positivismo o el Marxismo, que hicieron del progresismo decimonónico uno de sus principales ejes de definición, una bandera. [El impacto del avance industrial, tecnológico y científico en el siglo XIX despertó muchas ilusiones en el progreso sostenido. Para algunos, como los positivistas, la ciencia era la culminación de una larga evolución y la llamada a sustituir a la religión; la fascinación por la tecnología llenó las mentes de intelectuales como Lord Tennyson y Rudyard Kipling o, incluso, las de Marx y Engels que anunciaron el advenimiento inevitable de un Reino de la Libertad a través del proletariado revolucionario. La ideología progresista penetró con fuerza en el siglo XX hasta que la guerra mundial, la amenaza nuclear y el grave desequilibrio ecológico abofetearon las ilusiones decimonónicas. Serios cuestionamientos a la tecnología y a la ciencia se sucedieron. Sin embargo, algunas críticas ya se habían planteado en el siglo XIX.] Por otro lado: hay una vocación de presente y de la actualidad en las construcciones humanas, un nuevo espacio que de muchas maneras apela al pragmatismo en la vida social. Como dice Octavio Paz (1995, p. 145):

Hay un rasgo que distingue a nuestro tiempo o, más exactamente, al tiempo que comienza: su crítica de la modernidad y del tiempo lineal. Vivimos el ocaso del culto al futuro. Mi convicción, lo he dicho muchas veces, es que la figura central de esta nueva visión del tiempo es el ahora, el presente. No en un sentido vulgarmente hedonista; veo al presente, al hoy, como el punto de convergencia de los tres tiempos y de las dos vertientes de la existencia: la sombría y la luminosa, la vida y la muerte. Todo pasa y ese hoy es un siempre.



Aunque esto ha sido de doble filo:

En las sociedades democráticas modernas los antiguos absolutos, religiosos o filosóficos, han desaparecido o se han retirado a la vida privada. El resultado ha sido el vacío, una ausencia de centro y de dirección. A este vacío interior, que ha hecho de muchos de nuestros contemporáneos seres huecos y literalmente desalmados, debe agregarse la evaporación de los grandes proyectos metahistóricos que encandilaron a los hombres desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días. Todos han desaparecido uno a uno; el último, el comunismo, se esfumó dejando un montón de ruinas y cenizas. (Paz, 1995).

Hay varias interrogaciones en este contexto. ¿Cuál será el papel específico de las ciencias y las tecnologías en el desarrollo de un país? ¿Cuál será su peso en la nueva empresa y las nuevas instituciones colectivas? ¿Cuáles son los nuevos protagonistas que construirán el futuro? ¿Cómo adaptarse a los cambios de una sociedad empujada tan drásticamente por el conocimiento? Y, en una perspectiva más amplia, ¿será posible que la especie humana tenga un derrotero positivo y con menores desigualdades en la vida colectiva? De muchas maneras, esta situación de transición, de complejas fronteras entre épocas y transformaciones vertiginosas en el conocimiento y su aplicación, está llena de contradicciones; una dialéctica poderosa con tendencias positivas al mismo tiempo que negativas tanto en la cultura, en la religión y la etnia, en la política y en la ética.

La situación actual no empuja visiones optimistas del desarrollo de las naciones, y esto es una realidad a tomar en cuenta. A pesar de los esfuerzos que se han dado por fortalecer una óptica y un código internacionales positivos y solidarios, nadie puede negar que los intereses políticos, económicos, militares, nacionales y una multitud de visiones localistas, fundamentalistas, egoístas, individualistas, campean con fuerza en nuestro escenario. Sea como sea, las naciones se ven obligadas en el nuevo contexto a desarrollar estrategias de progreso colectivo con gran inteligencia y en la mayoría de los casos con un sentido de emergencia. Para ello, inevitablemente, deberán afirmarse sobre las principales características de una época, en la cual el conocimiento es determinante, la globalización e internacionalización de la vida y la competencia económica. De múltiples maneras, cada país deberá encontrar con base en sus voluntades y capacidades sus opciones de progreso y desarrollo colectivos.

Es precisamente en ese marco general que se entienden mejor las perspectivas de la educación superior en el ámbito que vivimos. En primer lugar, la educación se convierte en el instrumento relevante para potenciar las capacidades,



los fundamentos culturales sociales y para comprender y manipular la información y el conocimiento que todo lo nutre. Es decir, si se debe subrayar un componente estratégico fundamental en los nuevos tiempos, hay que afirmar el papel de la educación como base de cualquier estrategia de desarrollo nacional (véase Breton, G. y M. Lambert, 2004).

En esa dirección, se debe examinar con mayor profundidad el papel de los diferentes niveles educativos, las características específicas que deberán asumir en este escenario y todo con base en una perspectiva de futuro. Por ejemplo, la globalización impone reglas en la forma y los contenidos de la educación. La participación de amplios medios de comunicación colectiva en la vida social entra, también, dentro de la “ecuación” educativa. Los recursos científicos y tecnológicos, con relevancia en las telecomunicaciones, la Internet y todas las tecnologías de la información constituyen en sí mismas factores de cambio para la educación. Pero, además, la dinámica actual del conocimiento, intensa y creciente, empuja hacia una educación para toda la vida.

En este territorio, se entiende también que la educación superior es llamada a realizar su misión con nuevas condiciones. Un mundo complejo, contradictorio, competitivo, con grandes demandas de conocimiento o información, que crecen a ritmos agigantados, inevitablemente hace que la educación superior posea mayores exigencias. Se trata de exigencias, responsabilidades y relevancias establecidas por su relación estrecha con todos los procesos cognoscitivos. Ahora bien, este papel particular de la educación superior deberá colocarse dentro de un mundo gobernado por las desigualdades. Estas perspectivas de futuro deberían convocarse en una estrategia de presente para definir el rostro específico de la educación superior en cada nación. En algunos países, altamente desarrollados, la educación superior no tendrá que asumir tareas que en otros países en vías de desarrollo o atrasados deberá asumir plenamente. Por ejemplo, aquellas tareas ligadas a la investigación, a la innovación tecnológica y al fortalecimiento de la competitividad productiva.

La visión de futuro es la de una potenciación de la educación superior. Por un lado, una expansión cuantitativa de las instituciones en este nivel educativo, así como de la población que requerirá ser atendida por ellas. En los pasados años se ha dado una masificación de la educación superior. Las matrículas se han expandido extraordinariamente tanto en los países desarrollados como en los subdesarrollados. Es apenas normal que esto se haya dado con mayor énfasis en los países altamente industrializados, más vinculados a la construcción cognoscitiva y su aplicación, y con más recursos; en 1995, por ejemplo, 59,6% en esos países, mientras que en los países en desarrollo un 8,85%. La situación de alta complejidad y diversidad de la sociedad mundial y las características propias del conocimiento moderno van apuntando una gran diversificación de



todas las opciones de la formación superior. Esto tanto en relación con la diversidad de instituciones y opciones profesionales académicas como, también, en lo que se refiere a los métodos, y a los segmentos de la población a los cuales esas instituciones se orientan. En los países latinoamericanos se ha presentado una gran diversificación de todas las opciones de formación en este nivel, en donde hay que incluir como un componente importante la construcción masiva de universidades privadas.

El contexto actual empuja hacia una mayor competencia de las instituciones por estudiantes, profesores y recursos. De muchas maneras, debemos decir, que hay una influencia importante del mercado en los cambios y redefiniciones de la oferta académica, así como en el papel de estas instituciones.

La educación superior se coloca de una manera estrecha con las oportunidades y posibilidades para el desarrollo de los pueblos. Ya no sólo en el territorio fundamental de la formación de destrezas, valores y construcción de recursos humanos de alta calidad; o, como siempre, en la formación de la clase dirigente de la nación. Es todo esto y más, en una dimensión superior. De varias maneras, el contexto en el que estamos sumergidos es más complejo y competitivo. La universidad, en particular, es hoy algo más que formación de generaciones o creación de cultura. Dada la importancia y vertiginosidad de la construcción cognoscitiva y su aplicación en la vida colectiva, en particular las demandas de la producción, hay grandes exigencias de formaciones permanentes y continuas para la población y, especialmente, una exigencia de mayor manejo inteligente de la información y el conocimiento. Esto quiere decir, con relieve, que la construcción del conocimiento y la investigación debe ocupar un lugar central de la misión de la universidad. Puede señalarse, con toda certeza, que la investigación se ha convertido en el vector que determina o influencia decisivamente todas las otras tareas institucionales. Esto se realiza tanto en sus vínculos con la producción (con el nuevo tipo de economía), con las instituciones del nuevo entorno y con el mundo de organizaciones que hoy juegan un papel privilegiado en la configuración de la sociedad internacional. Los términos como gestión, asociación y orientación aparecen incluidos privilegiadamente en la misión universitaria. Debe subrayarse, en síntesis, una nueva relación de la educación superior con el entorno, más estrecha, interactiva y orientadora. Podemos decir que hay un sentido *hacia fuera* en todos los quehaceres de la institución. Y todo esto empuja a cambios internos en la estructura de las disciplinas y los departamentos que han dominado la universidad y la formación académica durante mucho tiempo.

¿Cuáles son los ejes de desarrollo que pensamos son los decisivos en la educación superior dentro de este contexto?



El conocimiento moderno y el papel de la investigación en las universidades

Son varias las razones, por las cuales, la educación superior se ve obligada a una relación diferente con el entorno colectivo. Por un lado, se encuentra una ampliación de la demanda social y, por el otro, el carácter específico del desarrollo cognoscitivo actual. Además, todo esto en un escenario de cambio permanente. Estas circunstancias han obligado a una expansión y diversidad extraordinarias de las instituciones de educación superior, y, por eso mismo, al reclamo de importantes transformaciones en la práctica académica interna de ellas. En lo que se refiere al conocimiento, por una parte se encuentra la intensidad y rapidez del desarrollo de este, y, por otra, su aplicación social en sus diferentes dimensiones. Pero esto hay que verlo con una óptica distinta: la rápida integración en la vida productiva y en el consumo de los resultados cognoscitivos empujan a cambios relevantes en la construcción del mismo conocimiento. Pues, lo que sucede es que el mismo entorno determina diferentes aspectos en la construcción cognoscitiva: de varias maneras, el entorno social y el consumo en la vida económica y cultural, además, de completar, impulsan significativamente la construcción misma en las ciencias y tecnologías, una interacción profunda y permanente. Para algunos, este cambio en los ritmos y métodos de construcción tecnológica y productiva ha dado lugar a un nuevo *modo de producción* del conocimiento (véase Enders, J. y E de Weert, 2004), para el estudio de algunas implicaciones de esta situación en la formación superior.

Desde una perspectiva general: se puede considerar la historia del capitalismo a partir de dos etapas: una primera etapa en la que se aplica el conocimiento a objetos, máquinas, procesos, y otra en la que se aplica al trabajo. Esta última es lo que se llama la *revolución en la productividad*, que se puede decir arranca desde 1880 y se extiende hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Ahora bien, debemos afirmar con Drucker (1999): "... aumentar la productividad de los obreros manuales en fábricas, agricultura, minería o transporte ya no puede crear riqueza por sí mismo; la revolución de la productividad se ha convertido en víctima de su propio éxito. A partir de ahora lo que importa es la productividad de los trabajadores no manuales; y eso exige, obviamente, la aplicación del saber al saber." Las palabras claves son gestión e innovación: "... proporcionar saber para averiguar en qué forma el saber *existente* puede aplicarse a producir resultados es, de hecho, lo que significa *gestión*. Además, el saber también se aplica de forma sistemática y decidida a definir qué *nuevo* saber se necesita, si es factible y qué hay que hacer para que sea eficaz; en otras palabras, se aplica a la *innovación* sistemática." (Drucker, 1999). Para Drucker, este tercer



cambio en el significado del conocimiento se puede llamar la revolución de la gestión, y ya se ha extendido a lo largo del planeta. La Revolución Industrial se impuso entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, la revolución de la productividad desde 1880 hasta finales de la Segunda Guerra Mundial, y, con un ritmo vertiginoso, la tercera nueva revolución se ha extendido largo del mundo en unos 50 años. Pero es más que esto, en el comportamiento de esta relación entre conocimiento y realidad social influye el desarrollo, por supuesto, de las condiciones más generales como la madurez y la ampliación de los mercados, el peso del consumo individual y colectivo, los intereses y expectativas de las poblaciones. También, de manera significativa, el papel de las poderosas y nuevas tecnologías como la informática, la electrónica y las telecomunicaciones, que concentran y funden diferentes construcciones científicas y tecnológicas (que van de las ciencias y tecnologías de materiales, la inteligencia artificial, el electromagnetismo, las tecnologías satelitales, hasta la biología molecular y la nanotecnología). Se trata de tecnologías con un poderoso impacto en el proceso mismo de la construcción cognoscitiva.

Estas nuevas condiciones del conocimiento y su impacto social tanto en la economía, la sociedad civil, las comunidades, en el consumo individual, conducen a cambios de perspectiva y de misión en la educación superior. Se subraya persistentemente ese sentido hacia fuera de las instituciones de formación superior. De la misma manera, se amplían las exigencias de competitividad y, por ende, de calidad, eficacia y eficiencia en cada uno de sus quehaceres. También, por supuesto, la pertinencia social. Como lo ha dicho la UNESCO: "la excelencia y la pertinencia social son componentes simultáneos del mismo proceso".

Ha sido característica relevante de los modelos universitarios en varias regiones la docencia como la columna vertebral y "vector director" de sus quehaceres. Las tareas destinadas a la investigación o la proyección social se han visto integradas y casi siempre subordinadas al papel de la docencia. [Esto sigue pensándose así, como, por ejemplo, se aprecia en Salom (2001)]. En estos tiempos, este modelo se ha visto transformado. En la sociedad del conocimiento el papel de la investigación es clave. Esta debe verse de una manera múltiple: construcción, gestión, transferencia, ampliación y orientación cognoscitivas. La potenciación del saber en la vida colectiva obliga a una interrelación más dinámica y profunda entre la formación profesional que brindan las instituciones de educación superior y la investigación. Sabemos, por supuesto, que sin la formación docente una institución no es una verdadera universidad, pero también debe decirse que sin investigación la calidad de la formación profesional solo puede debilitarse y, por ende, hay que añadir que sin investigación no hay universidad.



En las palabras de Mondolfo (1966, p. 73):

El impulso de progreso pertenece en cambio a la misión de la universidad, que no debe educar a sus discípulos en un espíritu rutinario y tradicionalista. (...) Todo esto se logra sólo mediante la iniciación de los discípulos en la investigación científica, con la cual debe mantenerse siempre en contacto la preparación profesional, que aplica los resultados alcanzados por el progreso de la ciencia. Este contacto es necesario igualmente a la práctica profesional y a la ciencia: técnica profesional e investigación científica son inseparables, si quiere evitarse tanto el estancamiento y la esterilización de la ciencia, como la degradación e ineficacia del ejercicio profesional.

Ortega y Gasset señalaba a la universidad las funciones cultural, científica y profesional. En su discurso, sin embargo, se percibe un claro énfasis en la docencia. Tanto es así que se podría ver en su posición a una universidad en función de sus estudiantes. Actualmente una universidad, por más importante que pueda ser la docencia, no puede perderse de vista el nuevo lugar de la investigación, que no subraya tanto la relación alumno-profesor sino, más bien, la relación entre profesores e investigadores. Esta tarea es vital en un contexto histórico que ha hecho del progreso cognoscitivo y tecnológico un pilar fundamental.

Lo anterior significa que la universidad no está solo en función de sus estudiantes, o de sus graduados, sino también en función, especialmente, de sus profesores e investigadores. La excelencia del claustro de académicos es, todavía, más importante. Dada la trascendencia actual de la investigación y de la generación de cultura, por vías diferentes a la de la transmisión que se hace con los estudiantes, la relevancia de las tareas no docentes vuelca sobre los académicos exigencias y prioridades. Poseer un cuerpo de profesores e investigadores de la mayor calidad, con estímulos y remuneraciones significativas y competitivas en la escala internacional, es una condición básica de la universidad de nuestros tiempos.

Que esta misión universitaria sea posible y represente una ganancia efectiva para una sociedad depende de muchos factores. En esto, debemos estar de acuerdo con Mondolfo (1966) en las tres condiciones que establece para que se pueda realizar la misión universitaria: libertad académica (de investigación, de estudio, de meditación y de expresión); escogencia del claustro con base en la calidad académica y medios materiales y económicos suficientes. Estas son condiciones necesarias aunque no suficientes: es vital un compromiso de esta *universitas* de maestros y alumnos con los requerimientos de la sociedad de la que es parte.

Esta interacción o interrelación entre formación e investigación es decisiva para la universidad en el nuevo orden. Pues en otros términos, los modelos



universitarios se deben transformar en su misión, colocando como elemento *vertebrador* de sus quehaceres la investigación. Se trata de hacer de esta tarea institucional el sustento y definición del resto de las tareas.

Ahora bien, que la investigación, concebida de esta forma tan amplia, es una tarea central de la universidad contemporánea, no puede realizarse de la misma manera en todas las regiones y países. Hay que tomar en cuenta la situación del entorno social, el papel y peso de las empresas, el nivel de madurez de la población, las características de las instituciones, la trayectoria de los países, no puede ser el mismo papel en el mundo industrializado que en el subdesarrollado. Donde la mayor parte de la investigación se hace fuera de las universidades, el rol de estas es otro. También, aquí es necesario tomar en consideración las diferencias entre las áreas cognoscitivas.

En países avanzados como Estados Unidos, Alemania y Francia la gran mayoría de los científicos e ingenieros está en el sector productivo; el gasto en investigación y desarrollo se comporta similarmente. También sucede algo parecido en Corea o Singapur, países emergentes de alto desarrollo económico. En países en vías de desarrollo como Argentina y México o, más contundente aún, Turquía, el grueso de estos profesionales y la mayor proporción de gasto en investigación y desarrollo lo encontramos en la educación superior. Esta comparación entre el porcentaje de estos profesionales y en el gasto muestra ciertas peculiaridades que refuerzan nuestra valoración de la estructura de I&D en estos países. Por ejemplo, mientras Canadá posee un porcentaje no despreciable de profesionales en el sector educación superior (42,6%), el gasto que realiza en el mismo es significativamente menor (22,1%). Igual sucede con Francia, 34,9% de investigadores *versus* un 16,2% de gasto. La diferencia en el caso de Corea es proporcionalmente mayor, 36,4% *versus* un 7,7%.

Además, en un mundo en el que los medios de comunicación colectiva y la Internet potencian un extraordinario bombardeo de la información por todos los medios, las universidades deben subrayar el papel de orientación, de selección, de puente lúcido y crítico de la información y el conocimiento que existe. En muchas latitudes y en particular en relación con varias disciplinas, este papel de puente se vuelve el fundamental, ya que la construcción cognoscitiva se hace en otros lados.

Educación permanente y transdisciplina

Además, de esta nueva relación de la educación superior con el entorno colectivo, y el replanteamiento de la investigación en las tareas universitarias, hay otro factor que pesa extraordinariamente en las perspectivas de la educación superior: la educación permanente y para toda la vida. Este tipo de educación se



refiere a dos asuntos: el primero, señala el requerimiento para los individuos de recibir una formación permanente a lo largo de toda su vida; y, un segundo asunto, se refiere a que estos procesos educativos no tienen por qué darse en un tiempo y lugar precisos. Es decir, que los procesos educativos en la formación superior pueden darse en cualquier etapa de la vida dentro o fuera del marco escolar y no en un lugar y en un tiempo específicos. En este sistema de formación se busca una ruptura importante con el modelo previo de educación terminal, concebida en períodos definidos y lugares específicos.

Al asumirse la educación permanente como parte del modelo universitario se provocan cambios sustanciales en el sentido, las fronteras y la naturaleza de los programas, las actividades, los métodos y las metas de la institución. Por ejemplo, el sentido de especialización no puede ser el mismo con una perspectiva en el cual el estudiante graduado a la institución. Si el retorno a la universidad del estudiante graduado es obligado, entonces, las perspectivas de la estrategia formativa deben ser diferentes.

De igual manera, la educación permanente y para toda la vida afecta las actividades y los programas de todo el sistema educativo postsecundario del país. Se debe pensar en que algunas acciones deberán ser desarrolladas por las universidades y otras por instituciones de formación superior no universitaria. En la misma perspectiva, se debe pensar en programas para desarrollar en institutos o liceos y otros por empresas. De múltiples maneras, se empuja a una reconceptualización y valoración de conocimientos y formación de destrezas dadas en otras entidades de la colectividad y que antes no fueron apropiadamente reconocidas.

La educación permanente implica una ampliación del concepto de universitario. De otra manera, se trata de asumir la existencia de diferentes tipos de universitarios. Algunos realizarán sus carreras tradicionales orientadas hacia la obtención de títulos universitarios, otros, ya los tendrán y de manera sistemática en momentos diferentes formarán parte de la universidad, en los cursos, programas o proyectos de investigación o de gestión. Se tendrán otros universitarios que no habrán pasado antes por la universidad y se incorporarán a sus actividades y programas. Es decir, el segmento de la población al cual una institución universitaria, por ejemplo, tendrá que atender será cada día más amplio que el se ha tenido hasta ahora. Por eso, se trata –si se quiere– de un concepto de universitario mucho más diversificado que el anterior. Por supuesto, en todo esto hay que tener una perspectiva clara que defina con precisión las metas y las características que debe tener la institución para cada segmento de la población que va a atender.

En el escenario que vivimos es necesario afirmar que la educación de por vida va a ser irreversible y es uno de los principales retos que las instituciones



de educación superior tendrán que responder en el siglo XXI. Esto supone procesos de formación de maneras diferentes, variadas y creativas en las cuales uno de sus elementos básicos como respuesta a las necesidades de los individuos es la atención más personalizada.

Como condiciones de partida para el éxito de la educación permanente se requiere la flexibilidad y la diversificación en los quehaceres institucionales. No se puede pretender que estructuras rígidas tanto en la oferta profesional como en los métodos, los objetivos y los programas, puedan responder apropiadamente a las exigencias al asumirse ese paradigma de la educación permanente.

En este contexto no sólo el crecimiento demográfico o la mayor escolaridad en los niveles educativos preuniversitarios conducen hacia una expansión de la educación superior, en el mismo sentido, juega la educación permanente. Es decir, todavía estamos en mitad de una *masificación* en la educación superior. En esta oportunidad se requiere la convergencia de varios protagonistas sociales para articular en cada país un plan de respuesta a la demanda de la educación superior. El Estado, la sociedad civil y las instituciones de formación superior deberán abordar con inteligencia y perspectiva estratégica la satisfacción de estas necesidades. Uno de los peligros que puede provocar la masificación, en alguna forma como se dio en los años setenta del siglo anterior en varias latitudes, como América Latina, es la posibilidad de un debilitamiento de la excelencia académica en varios de los quehaceres universitarios.

Otro elemento a tomar en cuenta en relación con la educación permanente es el impacto sobre los niveles educativos previos. Por ejemplo, debe pensarse bien la incorporación de los graduados de la secundaria en la vida laboral, así como la mejor manera de continuar estudios superiores no necesariamente de manera inmediata a la conclusión de sus estudios medios. La perspectiva de educación permanente se enfoca a la validación de la experiencia laboral y la formación educativa, desde la misma secundaria, por parte de las instituciones de educación superior. Por ejemplo, que la educación media posea más salidas profesionales desde un principio. Todo esto señala el reclamo por mayor coherencia y continuidad tanto vertical como horizontal entre los diferentes niveles de educación. En esta tarea el papel de la universidad y la educación superior es, también, clave, puesto que los contenidos, métodos y posibilidades de la educación media deberán estar establecidos por este contexto donde la creación, transmisión, aplicación, formación cognoscitivas y culturales son el punto de partida. La educación superior se vuelve un instrumento imprescindible para potenciar la articulación y el fortalecimiento de los niveles educativos anteriores de acuerdo con las tendencias del contexto. Por supuesto, de manera transversal, la calidad es un requisito.

Aquí es pertinente la advertencia de Miguel Rojas Mix (1999, págs. 116 y 117) cuando manifiesta:



La universidad debe tener conciencia de la obsolescencia de los sistemas educativos tradicionales. Los saberes y sobre todo las técnicas se vuelven anacrónicos a una velocidad cada vez más vertiginosa. La universidad no puede formar en lo obsoleto, lo que no le impide enseñarlo, y es necesario porque también se construye el futuro con conciencia de pasado. Pero eso forma parte de una disciplina específica: la historia. La obsolescencia es un peligro mayor para la educación superior.

Al multiplicarse las exigencias de formación superior habrá que acudir al uso de metodologías y mecanismos modernos y diversificados, con mayor impacto y amplitud colectivos. Sin duda, por ejemplo, se requerirá usar más la educación a distancia. De igual manera, se potenciará el uso de todas las modalidades de aprendizaje y enseñanza por medio de las tecnologías de información y comunicación modernas. Además, la tendencia a *virtualizar* amplias etapas de los procesos formativos es inevitable.

La exigencia del conocimiento en la sociedad actual y la educación permanente, si algo apuntalan es la necesidad de una mayor flexibilidad y radical preparación para el cambio constante. La diversidad de opciones profesionales y las respuestas múltiples y rápidas a los reclamos del entorno social chocan muchas veces con las estructuras universitarias.

Todo apunta en estos tiempos hacia una reconstrucción radical en muchos sitios de los currículos y la estructura de las disciplinas dentro de las instituciones de formación superior. Asimismo, se trata de reconceptualizar y reconstruir la organización de los regímenes de profesores e investigadores. Es decir, en el escenario que vivimos se requiere una ruptura con aquellos modelos rígidos de organizar los quehaceres en las universidades. Por un lado, esto se plantea directamente en los currículos, fortaleciendo el carácter temporal de los programas y de los organismos de profesores, de aquellos mecanismos de incorporación de profesores y, finalmente, del significado mismo de las disciplinas, esto es muy importante. Se trata de romper con los límites clásicos que se han movido entre las disciplinas cognoscitivas y académicas, potenciar procesos de multidisciplina, interdisciplina y transdisciplina. [Podría usarse la expresión “diálogo o cooperación entre las disciplinas”, como decide adoptar Henning Jensen (2001)]. Todo esto responde al desarrollo propio del conocimiento que se dirige a una transgresión constante de los límites de los marcos cognoscitivos, afectando sus objetos y métodos. Esto nos refiere directamente al sentido más profundo del conocimiento humano, precisamente, las disciplinas han adoptado sus fronteras de manera histórica y social como expresión de los límites de los seres humanos en la construcción cultural y cognoscitiva. Pero la vocación final del conocimiento es unitaria porque la



realidad natural y social, integrada, es una sola. Puede decirse, con cierto grado de radicalismo, que las disciplinas han sido escaleras para ascender a la explicación y manejo del mundo. Estas escaleras, eventualmente, pueden modificarse, cambiarse o eliminarse. En otros términos, existen razones epistemológicas importantes que pesan en la comprensión del curso natural hacia la transdisciplina. En el contexto que vivimos la ampliación extraordinaria del conocimiento o la potenciación de las ciencias y las tecnologías y sus aplicaciones empujan drásticamente a transformar las fronteras de las disciplinas cognoscitivas. En particular, las organizaciones académicas que han acuartelado estas disciplinas: se invoca una *transdepartamentalización*.

Ahora bien, no solo la dinámica interna del conocimiento se enfoca en ese sentido, el entorno y sus requerimientos también lo hacen, un mayor concurso de más y más disciplinas, su interrelación y reorganización para enfrentarse a los diferentes problemas que las colectividades humanas colocan en el tapete.

Entonces, existen importantes razones internas y externas al conocimiento que apoyan las tendencias hacia la ruptura de las fronteras clásicas de las disciplinas cognoscitivas y de las organizaciones donde se han desarrollado.

La anterior se plantea con fuerza en la organización de los cursos, requisitos, proyectos y actividades propias de las carreras. La búsqueda por transformar estos límites de las disciplinas se concentra de muchas maneras en una ruptura con el currículo tradicional y sus fundamentos teóricos. Aquí, se refuerza una perspectiva que permite incluir las experiencias de aprendizaje en los nuevos contextos y, lo que ya hemos mencionado, la redefinición de los currículos con un grado mayor de individualización. Es decir, en relación con esto último, la transformación de los currículos rígidos y comunes para todo el mundo, para abrir nuevos espacios con mayores posibilidades de escogencia individual en todas las opciones educativas. En muchos casos, los currículos, los métodos, las expectativas de un programa de formación profesional deberán realizarse en conjunto con entidades externas a la educación superior, por ejemplo, las empresas, el Estado, o las entidades comunales.

En el camino hacia una potenciación de la transdisciplina y la reorganización de las entidades colectivas intrainstitucionales, desde hace mucho tiempo en varias partes del planeta se ha empujado hacia procesos de interdisciplina y multidisciplina. Multidisciplina como concurso de diversas disciplinas en la resolución de un asunto académico o un programa o un proyecto o un problema, y la interdisciplina como esa participación con una interacción transformadora de las disciplinas participantes. Más allá de esas experiencias, también, todo parece empujar hacia un abandono de una manera más radical de las viejas disciplinas y la promoción de programas de formación y de investigación específicos con características temporales y no indefinidas. En todas estas experiencias la reorganización del régimen de profesores y de las estructuras curriculares ha



replanteado de una manera radical la forma de desarrollar los quehaceres formativos. Un ejemplo es el valor de los títulos que se transforma hacia el énfasis en los cursos y actividades realizadas individualmente por estudiantes y menos en el título abstracto. Por otra parte, en este escenario se desarrolla una relación distinta de los estudiantes, la investigación y el entorno. Al concebirse las disciplinas y los programas de formación y de investigación de una manera no permanente se gana en la posibilidad de ofrecer respuestas de manera flexible, eficaz y eficiente a las demandas establecidas tanto por el mercado profesional como por el progreso vertiginoso e intenso del conocimiento científico y tecnológico. En este contexto, también, se favorece la evaluación de los programas en períodos establecidos de acuerdo a las condiciones locales, institucionales o internacionales. Es decir, la *temporalidad* de las nuevas agrupaciones intrauniversitarias permite ampliar los procesos de evaluación en la pertinencia, la calidad y la eficacia de los quehaceres institucionales. Se trata de una estructura que ofrece mayores oportunidades para el desarrollo de actividades en varios campos del saber a los profesores e investigadores.

También, dentro de una perspectiva de amplia flexibilidad y fuerte diversidad en las opciones académicas y profesionales, es posible colocar más apropiadamente el desarrollo de una óptica humanista e integral de la cultura y de las responsabilidades inherentes a la formación profesional.

Probablemente avanzar en la transformación de las disciplinas y de los departamentos académicos sea una de las tareas más difíciles de lograr dentro de las comunidades universitarias. No solo por el hecho de que este tipo de cambios enfrenta la inercia o los intereses creados colectivamente dentro de esas instituciones, sino, también, porque se trata de una ruptura radical con una estructura de disciplinas y organización académicas que ha sido importante y positiva para su práctica dentro las universidades desde hace muchísimos años. En esa dirección, afirma Luis Yarzabal (1999, págs. 90 y 91):

Hay un consenso amplio en que el futuro de sus poblaciones dependerá en buena medida de su capacidad de potenciar la generación de nuevo conocimiento para crear, adaptar y adoptar nuevas tecnologías constituye un elemento estratégico para lograr mayor bienestar colectivo, así como para incrementar la competitividad de la región y mejorar sus posibilidades de inserción en la economía mundial. Por ello, las expectativas que se ciernen hoy sobre universidades, institutos técnicos y profesionales y otras instituciones terciarias requieren la redefinición de políticas, planes, programas, visiones orientadoras, currículos, capacidad de gestión y, sobre todo, un compromiso con la innovación y la transformación profunda de sus estructuras.



Globalización y tecnologías

La potenciación del lugar de la información y el conocimiento conspiran contra las fronteras nacionales, y se orienta hacia lo global:

... al volverse trasnacional, el dinero desborda el Estado-nación porque anula la política económica nacional; al volverse trasnacional, la información desborda el Estado nación porque socava, de hecho destruye, la identificación de 'nacional' con identidad 'cultural'. (Drucker, 1999).

Esto solo puede fortalecerse en las próximas décadas. La globalización como forma de internacionalización específica en el contexto que vivimos afecta de múltiples maneras a las instituciones de la educación superior. De forma directa influye en los parámetros de desarrollo de éstas en todos sus niveles. Es decir, los afecta tanto en sus programas, recursos humanos, estudiantes, métodos, procedimientos, recursos, relaciones interinstitucionales. También, influye en los procesos de evaluación y de valoración de la excelencia académica. [Puede verse un resumen de la evolución de la evaluación institucional de las universidades en Aguilar (2001)] Esta forma de internacionalización significa intercambios, interacciones, intercomunicación de estudiantes, profesores, programas, proyectos, preocupaciones, expectativas, mecanismos de evaluación y de concertación, procedimientos de gestión, etc. Hay que afirmarlo de manera radical, no hay ningún aspecto de la vida de una institución de formación superior que no se vea afectada de alguna manera por la globalización. La realidad que ya vivimos en muchas partes afirma amplios flujos de estudiantes de una a otra institución, incorporación y rápida movilidad de profesores de diferentes partes del mundo, estudio, trabajo, investigación y cooperación a través de redes internacionales, comparación permanente de los procesos educativos y de los parámetros de calidad de cada una de las instituciones.

De igual forma, la globalización se dirige hacia una utilización drástica de tecnologías de la información y la comunicación y otras, con un impacto decisivo en las modalidades de realización de la enseñanza y aprendizaje, potencian la reconstrucción de los quehaceres académicos. Estamos frente a una realidad cargada cada día con mayor número de computadoras, calculadoras sofisticadas, laboratorios especializados y recursos audiovisuales y multimedia, satélites, telecomunicaciones e Internet y otros múltiples medios tecnológicos. No es posible dejar de asumir que la práctica académica en todas sus dimensiones, programas, contenidos y métodos se verá afectada poderosamente por esto. Sin duda, las instituciones de formación superior incorporarán más y más estudiantes y profesores que no realizarán sus actividades en un *campus* y que se relacionarán a través de los mecanismos modernos de telecomunicación la relación



entre los profesores y los estudiantes ya no podrá ser la misma y se obligará cada vez más a transformaciones de los currículos y de marcos metodológicos con base en esos instrumentos. También, debe pensarse en que los programas y proyectos contarán cada vez más con el concurso de varias instituciones diferentes y la participación de varios países. Lo que tenemos aquí es una ruptura radical del modelo del estudiante y profesor asociados a un *campus*. Todo se transforma en una nueva dirección, en la cual los actores internacionales ocuparán cada día un papel más relevante. Aquí el sentido de los grados, los títulos y los sistemas de reconocimiento, evaluación y acreditación tenderán a adquirir un carácter fuertemente transnacional.

En segundo lugar, tampoco la relación entre los estudiantes y las instituciones se podrá preservar de la misma manera. Los procesos administrativos clásicos de información, matrícula, control de apelación y escogencia alternativas o académicas y de profesores serán fuertemente afectados por el entorno tecnológico que hoy vivimos. Hay que prepararse activa y estratégicamente para una formación y vida universitarias influidas drásticamente por la tecnología.

La calidad y una nueva relación entre el Estado y la educación superior

La globalización también expande la competitividad de las instituciones y de todas las entidades colectivas de la sociedad, además plantea demandas crecientes por recursos humanos de alta calidad.

Con la ampliación y diversificación de la formación superior en el mundo, más en unas regiones que en otras, se plantea la construcción de sistemas de regulación con criterios o parámetros tanto nacionales como internacionales. Es decir, está en juego el establecimiento de procedimientos y marcos teóricos para asegurar la calidad académica en la formación superior. Se invocan en esta tesitura los términos de evaluación y de acreditación. Ahora bien, estos fines no se realizan de la misma manera en todas partes; no es lo mismo en los Estados Unidos y América Latina que en Europa continental (véase Neave, G. 2003).

Dentro de los sistemas de educación superior con gran variedad de alternativas institucionales y de oferta profesional, las palabras calientes que se invocan son *complementariedad* y *compatibilidad*. Es decir, se plantea que el sistema permita el traslado eficaz y eficiente de estudiantes, sin pérdidas de tiempo o de estudios realizados. Entonces, la perspectiva es la de tener la posibilidad de empezar los estudios en una institución y completarlos y ampliarlos, enriquecerlos en otras instituciones. Esto supone, por supuesto, la necesidad de construir procedimientos internos institucionales con características nacionales e internacionales y con parámetros específicos. En esa dirección, por ejemplo, se deberá establecer con claridad el valor de los créditos, las características de los cursos, los títulos, los grados, los materiales, los recursos, los métodos etc. Todo se orienta hacia la



construcción de sistemas postsecundarios con fuerte capacidad para valorar y determinar calidades y atributos de los programas formativos. Hay una fuerte tendencia a la construcción de instrumentos comparativos que permitan asegurar tanto calidad como flexibilidad, dentro de este entorno donde crecientemente vamos a tener más intercambios, traslados, interacciones nacionales e internacionales, etc. En el orden nacional e internacional hay un llamado a favorecer una mayor *racionalidad* y *uniformidad* de todos los quehaceres académicos.

En los últimos veinticinco años se han dado importantes cambios en la percepción y la relación efectiva entre lo público y lo privado, que afectan las condiciones en que se ha movido la educación superior hasta ahora. Se enfatiza el papel de lo público en lo estratégico, la fiscalización y control de procesos colectivos y cada vez menos en la sustitución de la práctica de las entidades de la sociedad civil cuando estas últimas pueden realizarla. Esto ha significado en muchas latitudes un cambio en las relaciones entre Estado y educación superior, en particular en relación con las fronteras y el apoyo estatal a esta última. También, más en unos países que en otros, se ha dado una fuerte expansión de las iniciativas privadas en la formación postsecundaria, así como una influencia de los métodos y fines más propios del mundo privado en los quehaceres académicos de la formación superior pública. En América Latina esto se ha dado de múltiples maneras, pero siempre con gran intensidad.

Los presupuestos estatales para la educación superior pública siempre han sido manejados de maneras diferentes de acuerdo a tradiciones culturales y situaciones políticas y sociales específicas. En algunos países, no ha sido relevante el esfuerzo destinado dentro de las instituciones de educación superior para la obtención de recursos externos para financiar sus actividades. En otros casos ha sido un factor fundamental en su relación con la colectividad y con el sistema productivo. En el escenario que hoy vivimos tanto las exigencias de competitividad productiva y social como el predominio de algunas tendencias ideológicas específicas han impulsado las opciones que favorecen un compromiso institucional interno mayor en la obtención de los recursos externos. En otros términos, se tiende a potenciar responsabilidades específicas en estos centros formativos para la obtención de recursos y finanzas, con el propósito de cubrir las demandas en personal o infraestructura necesarios para realizar con éxito sus objetivos. De una u otra manera, el asunto de los recursos propios de las instituciones de educación superior pública se ha convertido en todas partes en un asunto relevante para estas comunidades.

Ahora bien, las finanzas son solo una dimensión de estas nuevas relaciones entre Estado, sociedad civil y educación superior. En diferentes modalidades, se reconoce un papel más activo del Estado hacia la fiscalización, gestión e innovación dentro de los quehaceres académicos. Por ejemplo, en lo que se refiere a la investigación en ciencias y tecnologías, donde en varias latitudes se han dado



significativos cambios en los regímenes de investigadores con base en protocolos establecidos por el Estado. De la misma manera, debe enfatizarse una participación importante de las empresas y las organizaciones internacionales.

Con mayor fuerza en algunas regiones del planeta, se han dado tendencias hacia una distribución de funciones en el seno de la educación superior entre entidades públicas y privadas; en América Latina estas últimas, por ejemplo, se han expandido de una manera extraordinaria en las últimas décadas.

Valores, humanismo y perspectiva estratégica

Ahora bien, ¿y la ética y los valores? La educación superior para poder incidir en un destino positivo para nuestra especie deberá incluir el fortalecimiento en el nuevo contexto de valores y conciencia en torno a múltiples asuntos ambientales, sociales, culturales y económicos, con una perspectiva global, y dentro de una línea de defensa de la calidad de vida, la ampliación de la solidaridad social y la promoción de la fraternidad. Por eso, se ha subrayado en la UNESCO y otros organismos internacionales, con toda justicia, la incorporación dentro de las instituciones de educación superior del desarrollo de una cultura y una educación cada vez más globales e internacionales con afirmación del desarrollo sostenible y la paz. Afirmar la colaboración, el respeto a las diferencias y las perspectivas multiculturales son esenciales para debilitar tendencias negativas dentro de este ámbito que vivimos.

También, es relevante insistir en una tarea *crítica* frente al decurso social con Rojas Mix (1999, p. 135):

Es preciso saber tomar lo positivo venga de donde venga (me refiero a un positivo ético y que se integre en la dinámica de nuestra identidad). De paso, señalo que la identidad no es estática, si así la defendiéramos, caeríamos en un fijismo que nos llevaría al integrismo. Del espíritu usamericano lo que hay que tomar es el carácter emprendedor. Hay que hacer mestizaje de espíritu y de ideas. Ese espíritu expresado en diversos tópicos: el 'pioneer', el 'self-made man', 'el que sabe montárselo', que diríamos en español, es una idea positiva; pero justamente no se puede exagerar, porque no se puede romper la solidaridad, ni la cohesión. Bien que cuanto menos gente se necesite para ejercer la solidaridad, tanto mejor.

La universidad tiene que formar intelectuales-profesionales genuinos (no sólo profesionales a secas): con conciencia del pasado y emprendedores frente al futuro. Pero este intelectual también debe ser consciente



del mundo en que estamos viviendo. Su cultura tiene que situarse frente a nuevas exigencias y nuevas posibilidades. Para ello la universidad tiene que dar, además de información-conocimiento, una formación emprendedora con horizontes de autonomía crítica y creativa.

Por otra parte, resulta importante asumir con toda voluntad una educación superior que no sea vista nunca como un simple insumo para la producción local o nacional al margen de los valores universales y humanistas. De muchas maneras, aunque existen dimensiones de nuestro mundo y un momento histórico que conspiran contra los valores y el desarrollo efectivo del progreso humano, la globalización y la internacionalización que hoy vivimos, también ofrecen amplias posibilidades para replantear o fortalecer la *visión humanista* en el seno de la formación que pueden ofrecer estas instituciones. Se trata de generar, dentro de una relación activa y recíproca con el entorno social nacional e internacional, el progreso de los mejores valores de nuestra especie, apuntalando las condiciones positivas en su seno y debilitando las negativas que están allí. Pero, esto no se dará automáticamente sin el concurso lúcido de las comunidades académicas y los pueblos.

Finalmente, uno de los aspectos que debemos subrayar en la misión de la universidad es su *perspectiva estratégica*. Las pulsiones inmediatas del entorno, ya sea que se den en obediencia al curso del mercado o a la política o a la ideología, no pueden asumirse como el marco de definición exclusivo de la acción universitaria. De múltiples maneras, estas instituciones deben ver lejos en el horizonte, *prever* y, además, *orientar* tanto a través de sus egresados como por medio de sus “activos” humanos: los profesores y estudiantes. Este compromiso con lo estratégico deberá ser asumido más por la institución pública que por la privada, porque se inscribe dentro del papel global del Estado que debe velar por los fines sociales de largo plazo y en afirmación del bien común más allá del particular.

A manera de resumen, debemos partir de un contexto histórico con una convergencia de poderosas tendencias positivas y negativas. Una transición de épocas es el trasfondo más general y en el que se mueve la especie humana en este momento. El replanteo de algunas de las variables que definieron la Modernidad, en buena parte empujada por el desarrollo de la globalización y la internacionalización en todas las dimensiones de la vida, se da en un contexto en que la naturaleza y el impacto de las construcciones cognoscitivas determinan poderosamente -en perspectiva- el conjunto de la vida colectiva en todo el planeta. No es que la política, la guerra, la religión, la etnia desaparezcan o su concurso sea menos relevante, sino, que de múltiples maneras, el conocimiento



representa el vector fundamental de los nuevos tiempos. Nadie puede desconocer esa situación. Esta realidad hace de la educación un instrumento fundamental en una nueva dimensión, más radical. En particular, brinda una importancia decisiva a la misión de la educación superior, que deberá adaptarse y transformarse en las nuevas condiciones de una manera drástica, con mayor intensidad y fuerza en ciertas latitudes. Todo parece apuntar a un período importante de reformas universitarias y de toda la educación superior y de la educación en general, sobre la base de las características precisas en que la nueva época nos ha colocado. No será lo mismo en todas las regiones, pues se trata de un mundo desigual, aunque combinado, en su desarrollo. En este contexto se invoca un replanteo de las relaciones entre Estado, la sociedad civil y educación superior, como parte de los cambios y transformaciones que de cualquier forma el planeta está atravesando en el camino hacia una nueva época histórica.

Aquí la conciencia y la acción de las comunidades universitarias será un requisito para que los cambios tengan el éxito requerido para servir al progreso humano y al mejoramiento de la calidad de vida. Hay un poderoso llamado a establecer y realizar los objetivos y los métodos que permitan reconstruir la misión de la universidad y de toda la educación superior en un contexto que ha hecho del cambio uno de sus principales fundamentos.

Referencias

Aguilar, M. (2001). **La evaluación institucional de las universidades. Tendencias y desafíos.** *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, números 92-93, 2001 (II y III), pp. 23-34.

Breton, G. y Lambert M. (2004). Higher education: social relevance and collective action. *Higher Education Policy (The Quarterly Journal of the International Association of Universities)*. Vol. 17, no. 1, March 2004, pp. 121-127.

Brovetto, J. y Rojas Mix, M. (1999). *Universidad Iberoamericana. Globalización e Identidad*. España: CEXECI.

Drucker, P. (1999). *La sociedad poscapitalista*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Enders, J. y Weert E. (2004). Science, Training and Career: Changing Modes of Knowledge Production and Labour Markets. *Higher Education Policy (The Quarterly Journal of the International Association of Universities)*. Vol. 17, no. 2, June 2004, pp. 135-152.



Jensen, H. (2001). La unidad de la ciencia y la relevancia de la investigación. *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, números 92-93, 2001 (II y III), pp. 61-68.

La Nación (1999), San José, Costa Rica, 7 de febrero de 1999.

Mondolfo, R. (1966). *Universidad: pasado y presente*. Buenos Aires: EUDEBA.

Neave, G. (2003). Perspectives on Higher Education in North America. *Higher Education Policy (The Quarterly Journal of the International Association of Universities)*. Vol. 16, no. 1, March 2003, 1-7.

Paz, O. (1995). *Itinerario*. México: Fondo de Cultura Económica. Segunda reimpresión.

Rojas Mix, M. (1999). La función intelectual de la Universidad: ¿una responsabilidad abandonada?, en Brovetto, J. y Rojas Mix, M. (editores). *Universidad Iberoamericana. Globalización e Identidad*. España: CEXECI.

Ruiz, A. (2001). *El siglo XXI y el papel de la universidad*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Salom, R. (2001). Políticas de Investigación: una perspectiva desde las ciencias sociales. *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica, números 92-93, 2001 (II y III), pp. 69-75.

Yarzabal, L. (1999). Plan de acción para la transformación de la Educación Superior, en Brovetto, J. y Rojas Mix, M. (editores). *Universidad Iberoamericana. Globalización e Identidad*. España: CEXECI.

